

**ANGEL M.<sup>a</sup> DE LERA**

**ANGEL PESTANA**

**RETRATO  
DE UN ANARQUISTA**



La FAI apeló a todos los medios para destruir a Ángel Pestaña, pero no pudo. Pudo, eso sí, desplazarle del liderazgo de la CNT y arrastrar a ésta de frustración en frustración hasta la definitiva de participar, de manera subordinada, en el Gobierno de la República, para compartir las responsabilidades de la gran derrota. No hubiera hecho falta tan desatinado error histórico para dar la razón a Pestaña si sus adversarios hubiesen sido capaces de despojarse de su virulencia patológica y de interpretar desapasionadamente la realidad española por aquellas fechas. Cabe, por lo menos, suponer que si en el último Parlamento de la República hubiera habido medio centenar de diputados sindicalistas, en vez de dos solamente, dirigidos por la experiencia y la cordura de Pestaña, tal vez la Historia hubiese tomado otros derroteros.

## NOTA DEL AUTOR

Al escribir este libro, el autor no ha pretendido otra cosa que acercar a la contemplación de las generaciones jóvenes la figura de un luchador por el bien común como Ángel Pestaña, que hoy, quizá más que nunca, puede servir de guía e inspiración, precisamente porque estamos atravesando una etapa huérfana de grandes hombres vivos, confusa y turbulenta, por tratarse de la resaca de un largo período de represión ideológica.

Su trabajo ha sido muy fatigoso y difícil, pues, salvo en sus escritos, todas las referencias biográficas de Pestaña se encuentran fragmentadas, minimizadas y disueltas en la tendenciosa literatura de sus adversarios.

El pensamiento de Pestaña conserva toda su frescura y vigencia iniciales. El movimiento libertario y las corrientes progresistas y liberales, no marxistas, de hoy, pueden encontrar en él todavía el mejor cauce para alcanzar sus fines.

Si esta primera piedra que aporta a su memoria sirve para contribuir eficazmente a tales propósitos, el autor se considerará sobradamente compensado por su esfuerzo.

Y cuando llegue el día del último viaje  
y esté al partir la nave que nunca ha de to-  
mar,  
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos de la mar.

ANTONIO MACHADO

## EL ENCUENTRO

Sucedió en la época que pudiéramos denominar de preguerra civil, allá en el mes de junio de 1935.

Yo había vivido intensamente el proceso político que se iniciara con la caída de la dictadura del general Primo de Rivera, y participado con mi voz y mi pluma juveniles en la propaganda republicana que transmutó en plebiscito nacional las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, cuya consecuencia fue el desahucio de la monarquía de los Borbones y la proclamación de la Segunda República, en una jornada espléndidamente primaveral, cuando «lucían todas las flores menos las flores de lis». Más tarde, me uní a la redacción del periódico revolucionario *La Tierra*, donde publiqué muchos artículos, con o sin firma. Por último, cumplido el servicio militar, me retiré a mis cuarteles de invierno, en La Línea de la Concepción, con el propósito de terminar mis estudios de derecho antes de lanzarme decididamente, y a todo riesgo, a la aventura de la política y el periodismo.

Sin embargo, no militaba en ninguna organización política. Aunque mis preferencias se decantaban en favor de la ideología libertaria, me inhibía el hecho de que careciese de un órgano político de expresión y actuación que recogiese la doctrina creada en la lucha sindical y la formulase en una teoría y en una praxis específicamente políticas. Ya presentía yo por entonces que el sindicalismo libertario era un producto espontáneo de la idiosincrasia de nuestro pueblo, y, por consiguiente, el más original y autóctono de todos los idearios políticosociales surgidos en España. En el fondo, era para mí la trascendencia, en el plano de los mo-

vimientos revolucionarios y redentoristas, del misticismo y del idealismo subyacentes en nuestro comportamiento histórico. En Andalucía especialmente y, sobre todo, en la provincia de Cádiz, la corriente anarquista que inervaba e inspiraba la acción de las masas sindicalistas tenía un trasfondo de cristianismo primitivo. Su componente humanista y personalista, su ingenua fe en la bondad del hombre, su rechazo del autoritarismo y del dogmatismo, sus promesas de felicidad comunitaria, su concepción de una humanidad fraterna, su prédica del amor, de la alegría y del ágape y, principalmente, sus nostalgias de un pretérito idílico, el gran bien perdido, eran características que lo entroncaban directamente con las tradiciones cristianas más puras, con la única diferencia de que el cristianismo difiere su realización a un tiempo indeterminado y al cielo, y el anarquismo pretende implantarse en la tierra y en tiempo presente.

En los conciliábulos de las gañanías, en los ateneos y en los sindicatos seguía vivo el recuerdo de Fermín Salvochea, aquel señorito gaditano que lo dio todo a los demás y se quedó desnudo y pobre, y sufrió persecución por la justicia, y hambre y sed, como si hubiese seguido el consejo que diera Jesucristo a aquel joven que quería saber cuál era el camino de la perfección; de un Salvochea que no era, sin embargo, pasivo, sino activo, y no resignado, sino rebelde. De entre las muchas anécdotas que se contaban de él, transcribiré solamente una que recoge Manuel Buenacasa en su obra y que, a su vez, toma de Sánchez Rosa, porque no es posible comprender el fenómeno del anarquismo andaluz si no se conoce a su prototipo y la radiante influencia de su personalidad.

Pasaba la rutinaria visita a la cárcel el presidente de la Audiencia y, ante los presos en formación, la autoridad se detuvo para preguntar a Fermín Salvochea, que estaba en la fila, entre sus compañeros:

—¿Tiene usted alguna queja del establecimiento? ¿Es bueno el rancho? ¿Le tratan bien los empleados?

Salvochea, serenamente, le contestó:

—Lo que tenemos que decirle es que nuestra galería, por su humedad y otras causas, no reúne condiciones para que la habiten seres humanos.

El presidente de la Audiencia replicó inmediatamente:

—No haber delinquido y no la habitarían.

Entonces, Salvochea, imperturbable, le objetó:

—Pues entonces, ¿para qué se nos pregunta?

—No sea usted osado —le recriminó, autoritario, su interrogador.

—El osado es usted —repuso Salvochea.

Entonces, el presidente, sin poderse reprimir, ciego de cólera y de soberbia, levantó su bastón, amenazando con descargarlo sobre el preso, pero éste, en un rápido movimiento, dio un paso al frente, levantó el puño cerrado hasta muy cerca del rostro del irascible magistrado, y sin perder la calma, le retó:

—¡Pegue... ande! ¡Pegue si se atreve!

Salvochea fue conducido a una celda de castigo, pero el pueblo de Cádiz, al enterarse de lo ocurrido a su héroe, rodeó la cárcel y no desistió de su actitud hasta que no le fue levantada la sanción.

Yo me hallaba, pues, en una situación indecisa por lo que se refiere a la elección de una disciplina partidaria en el campo político. Yo deseaba actuar, pero no sabía en qué dirección ni bajo qué bandera. Es más, como todos los jóvenes de mi época, era objeto de la inexorable presión de los acontecimientos que me enfrentaba a una disyuntiva ineludible: revolución o contrarrevolución o, más concretamente, fascismo o antifascismo. Quedaba, sí, entre ambas posiciones una zona neutral, pero ni por temperamento ni por formación era yo capaz de refugiarme en ella. Además, yo ya había tomado partido por la revolución y el antifascismo. Mi mente se había nutrido durante los últimos años de apasionadas, turbulentas y exhaustivas lecturas sobre las dos grandes revoluciones, la francesa y la rusa, sobre mar-

xismo y anarquismo, y había devorado cuanta literatura novelesca y documental, alemana y soviética, tuve a mi alcance; literatura antibelicista y revolucionaria, por supuesto. En esas circunstancias personales y ambientales, yo era realmente un joven revolucionario en potencia, a quien sólo detenía su perplejidad ante las diversas formulaciones políticas que le ofrecía la izquierda, ninguna de las cuales interpretaba fielmente sus aspiraciones, sentimientos e ideas.

Entonces, un pequeño grupo de cenetistas, cuatro o cinco, amigos míos, me invitaron a acompañarles en la mesa que presidiría el acto de presentación, en el Teatro del Parque, de La Línea, de una de las figuras políticamente más discutidas en aquel momento, Ángel Pestaña. Yo ya había oído y leído mucho sobre él. Ángel Pestaña, famoso en la historia de la CNT, era, sin embargo, piedra de escándalo y motivo constante de apasionadas discusiones en los medios cenetistas, donde se le odiaba y se le admiraba delirantemente, y era considerado apóstol, traidor y judas, con idéntica intransigencia, por parte de amigos y enemigos. Mencionar su nombre tan sólo provocaba la pelea dialéctica en los términos más violentos. No cabían términos medios, ni era posible llegar a un armisticio o buena componenda entre detractores y panegiristas. La FAI, o sea, la Federación Anarquista Ibérica, le perseguía implacablemente con la furia religiosa del fanatismo. Las contrafiguras que le oponía la FAI eran Durruti, Ascaso y García Oliver, militantes anarquistas de la escuela maximalista, hombres de acción, del rayo y la tea, que habían animado y dirigido todos los intentos frustrados durante la República para implantar en España la utopía del comunismo libertario, y que Pestaña se vio forzado a contemplar, impotente, con toda la amargura de una conciencia lúcida que había previsto los desastres e intentado inútilmente evitarlos.

Yo me imaginaba a Pestaña física y espiritualmente como un Dantón o un Trotski: un tipo vital, arrollador e incandescente, que irradiara energía y supiera contagiar el entu-



siasmo. Así que, cuando le tuve a mi lado y pude contemplarle detenidamente en vivo, sentí, lo confieso, una gran decepción. Vi un hombre de unos cincuenta años, de buena estatura, huesudo y membrilargo, y como hundido por el peso de una carga invisible. Tenía una cabeza pequeña, con el pelo aplastado y peinado hacia atrás, y un rostro agudo y descolorido. Sólo sus ojos penetrantes, unos ojos oscuros y más bien pequeños, revelaban un espíritu inquisitivo, inteligente y dueño de sí. Pero no irradiaba magnetismo alguno ni despertaba a primera vista una especial atracción. En resumen, no se descubrían en él las características del conductor de masas, del caudillo popular, según la versión que del prototipo dedujera de mis lecturas. La imagen de Pestaña era la antípoda de la de un Dantón o un Trotski leoninos, o de la de un Lenin enigmático y exótico. No brillaba en él ningún rasgo especial que revelase al hombre extraordinario. Además, vestía con decoro de menestral en domingo. Me pareció incoloro, vulgar y distante. Ésa fue mi primera impresión. Pero luego, al verle avanzar tranquilo y seguro hacia las candilejas del escenario para comenzar su discurso, sin ningún papel en la mano, en medio del expectante silencio de un auditorio que abarrotaba el teatro, empecé a sospechar que una fuerza superior guiaba a aquel hombre, y tuve el presentimiento de que era testigo y participe de algo muy importante para mí.

Pestaña se detuvo y paseó lentamente su mirada por el espeso auditorio agazapado en la oscuridad. Se oyeron entonces algunos carraspeos y él esperó pacientemente a que se desvanecieran, erguido, inmóvil, con el dedo pulgar de la mano izquierda prendido del bolsillo del chaleco, y, cuando cesaron los rumores, saludó, con voz fría y clara:

—Compañeros y amigos...

Y, de pronto, estalló la algarabía. Exclamaciones como «¡Traidor!», «¡Judas!», «¡Vendido a la burguesía!» y voces de «¡Fuera!», partían de las localidades altas, donde los grupos de denostadores, puestos en pie, acompañaban con gestos

airados sus gritos. En vano siseaban a los alborotadores los que ocupaban el patio de butacas e inútilmente algunos de dios les increpaban con el fin de imponer el silencio y la compostura en el salón. El resultado fue que se estableciese un violento diálogo en alta voz entre unos y otros y que acrecieran el griterío y la confusión.

El amigo que presidía el acto, asustado por lo que ocurría, me dijo al oído:

—Son los de la FAI. Ya nos amenazaron con que no dejarían hablar a Ángel. Los muy cabrones han copado las gradas para dominar mejor al público. Son capaces de todo, hasta de disparar sus pistolas, porque las han traído, para que el agente de la autoridad suspenda el mitin.

A todo esto, Pestaña ni siquiera se movió. Permanecía impasible, como si le fuera extraño todo cuanto sucedía frente a él. Siguieron unos minutos de enorme tensión. «¡Dejadle hablar!», «¡No queremos oír a un traidor!», «¡El que no quiera oír, que se marche!», «¡Fuera la chusma!», «¡Viva la FAI!»... Mi amigo hablaba con el policía y éste meneaba la cabeza... Al fin decreció el tumulto. El orador aprovechó su curva más baja para insistir:

—Compañeros y amigos...

Otra vez arreció el griterío. De nuevo el presidente del acto cuchicheó algunas palabras al oído del policía, que ya miraba nervioso a todos lados. Los del patio de butacas, unánimemente en pie ya, arremetían con grandes voces contra los de arriba. «¿Y vosotros os llamáis anarquistas? ¡Sois unos dictadores!», «¿Por qué no escucháis? ¿Es que tenéis miedo de que os convenza?», decían, y los otros replicaban: «¡Socialfascistas! ¡Sois los mismos de Casasviejas!», y con vivas a la FAI y a la CNT.

Pestaña seguía escuchando la tumultuosa disputa con fría impavidez. No había desdén ni soberbia en su gesto, sino una expresión de desconcertante serenidad. Se veía que era un hombre avezado a afrontar con paciencia y dominio de sí mismo las asambleas más arriscadas, como un

piloto de la mar curtido por las tempestades y las tormentas. Y en otro desfallecimiento de la iracundia de sus oponentes, repitió:

—Compañeros y amigos...

Se repitió asimismo la oleada de protestas y contraprotestas, el policía quiso levantarse de su asiento, impidiéndoselo la enérgica actitud del presidente, que le retuvo por un brazo... Otra pausa y otro comenzar hasta que, por fin, desahogadas las furias, pudo enhebrar otras palabras y otras, y seguir, seguir ya sin más interrupciones que la ruidosa retirada de algunos faístas y los encorajinados aplausos de sus partidarios. Estuvo hora y media hablando. Dijo todo lo que quiso sin una vacilación, sin repeticiones, y argumentando con un rigor lógico verdaderamente magistral e irrefutable. Nada de demagogia fácil, ni brindis a la galería, ni latiguillos ni invocaciones al sentimentalismo. Seco, martilleante, contundente, persuasivo. Estilo enjuto y diáfano, dicción clara con un ligero deje catalán, construcción rectilínea sin digresiones ni interpolaciones, y una técnica de preguntas y respuestas encadenadas, muy peculiar de él, como pude corroborar más adelante. Los oyentes remataron su discurso con una sostenida salva de aplausos. Fue un triunfo nítido, aplastante, redondo. Sin embargo, cuando se volvió para unirse de nuevo a nosotros, que le esperábamos puestos en pie, no pude advertir en su semblante ningún signo o síntoma de emoción, y contestó a nuestros plácemes y congratulaciones encogiéndose de hombros simplemente y quejándose del enorme calor que hacía en la sala. ¿Humilde? ¿Insensible? Me pareció más bien la actitud de un hombre inteligente y sencillo que se encuentra sobre o de vuelta ya de los temblores de la vanagloria. A mí me impresionó profundamente. ¿Caudillo? ¿Profeta? ¿Conductor? No hubiera podido decirlo. Eso sí, una inteligencia clarividente, un espíritu superior, una voluntad diamantina y un valor estoico a toda prueba. Y me dije: «He aquí el hombre».

Así conocí a Ángel Pestaña. Al día siguiente constituimos el Partido Sindicalista de la Línea de la Concepción y desde entonces le seguí políticamente hasta el fin. Cuando, un año más tarde, volvió por segunda y última vez a esa ciudad para dar una conferencia, ya no le interrumpió nadie. Como siempre, dueño de sí, dio una hermosa lección de buen decir y de bien pensar. Ya era diputado por Cádiz, y tengo que decir, aunque parezca vanidad por mi parte, si bien han pasado demasiados años y acontecimientos para que pueda juzgárseme así por mis palabras, que fui yo quien en mayor grado contribuyó a su triunfo en las elecciones.

## I

## LA ESCUELA DE LA VIDA

## 1. EL NIÑO SOLITARIO

Un hombre de aspecto rudo y manos callosas escucha atentamente la lectura que realiza un niño de unos diez años de edad, delgaducho, diríase que enfermizo. Es de noche y el hecho ocurre en el comedor de una posada de pueblo. Al otro extremo de la larga mesa de pino rebañan sus platos otros dos huéspedes con apariencia de trajinantes. El niño lee siguiendo su índice de la mano derecha que corre por debajo de los renglones. De pronto, titubea. Se le ha atravesado una palabra que no puede pronunciar.

—Es la tercera vez que lo haces y a la tercera va la vencida, ya lo sabes —dice el hombre y da un pescozón al niño, que, instintivamente, se encoge.

Uno de los comensales, que ha estado observando la escena, interviene para decir:

—No sea usted así, hombre, no sea usted así, porque se ve que el rapaz es listo y sabe de letras. Un tropiezo lo tiene cualquiera.

El aludido, mal encarado, replica:

—Es mi hijo, ¿sabe usted? Claro que tiene condiciones, pero se me aplica más al juego que al estudio. Cuando prepara lo que yo le marco —y muestra el trazo de lápiz que acota unos párrafos sobre la página del libro—, lee luego de carrerilla, pero, si no, se atranca como ahora. Yo me guío por eso.

—¿Qué se guía usted por eso? ¿Es que usted no sabe leer?

—No —contesta el padre—, yo no conozco ni la «a». Pero me entiendo. Si hago lo que hago es para que el rapaz espabile y aprenda lo que yo no pude nunca aprender y no sea un burro de carga cuando llegue a hombre, como lo he sido yo toda la vida. Precisamente por mi ignorancia me han ocurrido algunas cosas y he tenido que aguantar abusos que no quiero que tenga que sufrir él...

—No he querido molestar, ¿comprende? —se excusa el otro, impresionado, sin duda, por la cruda sinceridad del hombre.

Después, compartiendo unos vasos de vino, el padre del niño cuenta que, harto de ser explotado como peón en el tendido del ferrocarril, quiso tomar trabajo a cuenta. Claro, el ingeniero advirtió muy pronto que aquel contratista no sabía de números, y en la primera ocasión, al cubicar la obra realizada, le engañó. Naturalmente, cuando el contratista contó los dineros resultantes y empezó a pagar a sus jornaleros, descubrió la artimaña y el fraude. Reclamó, pero ni siquiera obtuvo ser escuchado por el defraudador. No era él hombre que se resignase a ser burlado impunemente. Convencido, pues, de que no conseguiría nada por las buenas, se apostó un día a la salida del bosque que solía cruzar a caballo el ingeniero y esperó. A poco rato lo tuvo a la vista. Entonces hizo contra él tres disparos de revólver.

—Y no era broma, no, porque le volé el sombrero de un balazo.

El ingeniero espoleó enérgicamente el caballo y huyó a todo galope. Gracias a eso salvó la vida.

El chiquillo, suspendida la lectura, libre ya de reprimendas por aquel día, escucha ávidamente las palabras de su padre, que aunque se las ha oído repetir en otras ocasiones, siempre impresionan su despierta imaginación infantil. El niño se llama Ángel Pestaña Núñez.

Nació el 14 de febrero de 1886 en una aldehuela de la provincia de León que tenía por nombre el de Santo Tomás de las Ollas. Es curioso. Este niño que, andando el tiempo,

escribiría un libro de recuerdos y memorias<sup>[1]</sup>, omite el nombre de sus progenitores. De su padre dirá simplemente: «Era analfabeto en absoluto, pues no sabía leer ni escribir: pero tenía, por los recuerdos que yo conservo, inteligencia natural». Más adelante anotará: «Verdad es que mi padre me pegaba con frecuencia, pero no era por crueldad, sino producto de un falso concepto de lo que ha de ser la educación y por un exceso de amor hacia su hijo, pues en su vida de rudo minero jamás se olvidaba de su hijo, al extremo de que cuando iba al café, cosa no corriente entre los trabajadores de aquel tiempo, guardaba siempre la mitad del terrón de azúcar que le daban para dármelo a mí».

En cuanto a su madre, sólo se refiere a ella para contarlos, con escalofriante sencillez, una anécdota que, en la pluma de cualquier otro hombre, hubiese sido muy difícil de expresar. Vivían por entonces en Béjar, donde su padre trabajaba en la perforación de un túnel ferroviario. El niño, aún con menos de tres años de edad, acababa de vencer una peligrosa enfermedad de la vista, unas cataratas, que le trató una curandera milagrosa con oraciones, signos de la cruz sobre los ojos y polvo de azúcar cande que le introducía bajo los párpados, sobre los que presionaba luego con movimientos de molinete, con el fin de esmerilarle el cristalino opacificado. Como siempre, la familia Pestaña, gente volandera, de aquí para allá, sin casa ni hacienda propias, vivía en una pensión. La madre de Ángel «era alta, guapa, buena moza», según oyó decir a quienes la conocieron, porque no guardaba de ella ninguna imagen precisa. «No sé si era buena o mala. No tengo de ella la menor noción», confiesa en su libro. Tampoco pudo saber nunca por qué las relaciones entre sus padres se caracterizaban por los frecuentes altercados y disgustos a que siempre ponían fin los golpes que el hombre descargaba sobre la mujer. Lo cierto es que una noche —y las escenas que siguen sí que quedaron grabadas indeleblemente en su memoria— le despertó